

PUNTOS DE PARTIDA Y CRITERIOS PARA LA ELABORACION DE UNA CRISTOLOGIA SISTEMATICA

INTRODUCCION

Todo gran salto o giro de la conciencia humana, y proporcionalmente de la conciencia religiosa, tiene como consecuencia el replanteamiento de su acceso a la verdad, y en el caso de la conciencia cristiana de su acceso a la revelación. Tales vuelcos o giros de la conciencia tienen lugar cuando desaparecen determinadas evidencias seculares o aparecen en la luz determinados órdenes de la realidad, que hasta entonces habían estado silenciados. En esos momentos las cuestiones de método pasan a primer plano, para preguntar no sólo por la realidad conocida, sino por el sujeto cognoscente; por el camino que nos lleva a aquélla y por la facilidad o dificultad que el punto de partida nos ofrece. El tránsito de una conciencia ingenua a una conciencia crítica consiste en la toma de conciencia del lugar en donde, desde donde y hacia donde preguntamos por la verdad e intentamos poseerla.

En la Iglesia católica hemos vivido uno de esos vuelcos de conciencia, que ha repercutido explícitamente sobre el método de hacer teología, y que nos ha llevado a revisar la antigua metodología a la vez que a esbozar otras nuevas. El Concilio Vaticano II está todavía del lado de la situación anterior, aún cuando ya inicie la situación nueva cuando establece cuál ha de ser el método con que se han de enseñar las disciplinas teológicas. La sistematización vigente en la iglesia católica durante los últimos siglos ha tenido dos determinantes fundamentales: el esquema general legado por la *Summa Theologica* de santo Tomás, y el método argumentativo que propone Melchor Cano en sus *Lugares teológicos*. El primero seguía ofreciendo el marco general y el segundo establecía la forma concreta de encontrar la revelación de Dios en los «lugares» respectivos, y con ellos las distintas formas de argumentación.

El Concilio Vaticano II canoniza en alguna manera el método que podríamos llamar «genético» o «histórico-salvífico», que propone